

## REVERENCIA Y CULTO A DIOS

Enseña el Catecismo de la doctrina cristiana que *el primer mandamiento se cumple con el ejercicio del culto interno y externo* <sup>1</sup>, por el que reconocemos, adoramos, amamos y servimos a Dios, como a nuestro supremo Señor <sup>2</sup>. Se trata de un deber primario y fundamental. Dios no necesita la gloria que podemos darle las criaturas; pero nosotros, en la medida en que glorificamos al Señor mediante ese culto, nos unimos más íntimamente a Aquél que es Bien infinito y fuente de toda bondad.

Para rendir a Dios el homenaje de todo nuestro ser y a la vez lograr esa unión, no basta el culto de adoración interior: la naturaleza humana exige valerse de *ciertas acciones corporales que, a modo de signos, exciten el alma a actos espirituales que unen el hombre a Dios. La religión consta, pues, de actos internos, que son los principales y propios, y de actos exteriores, que son secundarios y ordenados a los internos* <sup>3</sup>.

Privado del espíritu de adoración, el culto externo quedaría sin alma, estéril y vacío. Pero unido a él, convierte la adoración en un homenaje completo y total, conforme a la medida de amor señalada en el primero de

(1) *Catecismo de San Pío X*, n. 353.

(2) Cfr. *Ibid.*, n. 352.

(3) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 81, a. 7.

los mandamientos: *con todo* el corazón, el alma, la mente y las fuerzas <sup>4</sup>; es decir, sin ahorrar ningún medio, dándose por entero.

Dentro de ese culto pleno, *es también connatural al hombre servirse de signos sensibles para expresarse, pues de lo sensible nos viene todo conocimiento. La misma razón natural, pues, induce al hombre a usar de ciertas cosas materiales, que ofrece a Dios como signo de la sujeción y honor que le debe* <sup>5</sup>. Esto es lo que denominamos sacrificio —ofrecimiento a Dios— que, junto con la adoración y la oración, constituye lo esencial de la religión natural y de la revelada. Con el sacrificio reconocemos el señorío de Dios sobre todas las cosas, y a la vez la existencia de realidades sagradas, divinas, que hemos de respetar y venerar.

### *El valor de lo sagrado*

Cuando Moisés, en el Monte Horeb, oyó la llamada de Dios desde la zarza ardiente, recibió también este mandato: *quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa* <sup>6</sup>. La presencia del Señor comunicaba a aquel lugar un carácter sagrado, que era necesario respetar, como una señal más de la veneración que la criatura debe a su Creador y a cuanto, de alguna manera, está relacionado con la Santidad de Dios <sup>7</sup>.

Sabemos que Dios es el Señor soberano de todo el universo. La doctrina cristiana nos habla de una presencia suya, poderosa, en todas las cosas creadas, que *no solamente conserva y administra, sino también las impele, con una moción íntima, al movimiento y a la acción* <sup>8</sup>. La contemplación de la admirable arquitectura del mundo y de su inagotable dinamismo infunde —en un corazón recto y bien dispuesto— un

(4) Cfr. *Matth.* XXII, 37.

(5) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 85, a. 1.

(6) *Exod.* III, 5.

(7) La cercanía de Dios confiere una particular santidad, un carácter sagrado, a personas (cfr. *Levit.* XI, 43-45; XIX, 2-3; XXI, 6-8; *Num.* VI, 5; *Luc.* I, 70; *Act.* III, 21; *Rom.* I, 2), a cosas (cfr. *Exod.* XXVI, 33-34; XXVIII, 36; XXX, 25, 32, 37; *Levit.* XXVII, 9; *Hebr.* IX, 2-3), y a lugares (cfr. *Genes.* XXVIII, 16; *Isai.* XLVIII, 2; *Ezech.* XLII, 14; *Zach.* II, 17; *Matth.* XXIV, 15; *II Petr.* I, 18).

(8) *Catecismo Romano*, parte I, cap. II, n. 22.



sentimiento natural de respeto y encanto ante Dios y todas las obras de sus manos, que son una huella de la perfección divina.

Todo lo que existe en el mundo, sin embargo, ha sido puesto al servicio del hombre, que Dios quiso como corona de la creación<sup>9</sup>; ése es el fin secundario del universo material, subordinado a la tarea suprema de pregonar la gloria divina. Las pocas cosas que, desde los mismos albores de la historia, el Señor sustrajo al dominio de los hombres reservándose las exclusivamente para Sí, debían recordar esa ordenación de fines; de modo que el inmenso poder que habían recibido los hombres, no empañase esta verdad primaria: sólo Dios es el Señor absoluto y verdadero<sup>10</sup>. Y así ordenó a Adán: *de todos los árboles del paraíso puedes comer; pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas*<sup>11</sup>; y, más adelante, al establecer la Alianza con el pueblo de Israel, exige la consagración de todos los primogénitos<sup>12</sup> y de los diezmos y primicias<sup>13</sup>.

La existencia de cosas sagradas, de las que el hombre no puede disponer a su antojo porque pertenecen en exclusiva a Dios, aparece patentemente en los preceptos revelados acerca del culto divino. El Señor quiso indicar de modo expreso que ese culto debe realizarse en lugares sagrados, especialmente dedicados a ese fin, por personas sagradas —los sacerdotes— y por medio de ceremonias también sagradas. Gran parte de las prescripciones que comunicó a Moisés en el Sinaí tienden a fijar estrictamente, hasta en sus pormenores, la dignidad de las cosas reservadas para el culto. Así, señala cómo ha de construirse el tabernáculo, el arca, los utensilios, el altar, las vestiduras sacerdotales; cómo han de ser las víctimas que se ofrezcan; qué fiestas deben guardarse; qué tribu y qué personas han de ejercer las funciones sacerdotales...<sup>14</sup>.

Todas esas indicaciones muestran que las cosas sagradas están unidas de una manera especial a la Santidad divina. Así se delimita el cam-

(9) *Henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre los ganados y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra* (Genes. 1, 28-30; cfr. Ps. VIII, 6-9).

(10) Cfr. Joann. XVII, 3.

(11) Genes. II, 16-17.

(12) Cfr. Exod. XIII, 1.

(13) Cfr. Levit. XXVII, 30; Deut. XXVI. Aparte de estas condiciones impuestas positivamente por Dios, también las limitaciones propias de la naturaleza humana sirven, por disposición de la Providencia, para recordar al hombre su dependencia de Dios. Allí donde fracasa o es vano el poder de la criatura, aparece mejor la omnipotencia del Creador.

(14) Cfr. Exod. XXV-XXX.



po de lo reservado o dedicado exclusivamente a Dios, por oposición a todo lo demás que es profano. Y ése es el sentido de la consagración, tanto de personas como de lugares o cosas, que se realiza mediante un acto especial ejercido en nombre de Dios <sup>15</sup>.

En el Antiguo Testamento, con esa pedagogía divina que preparaba el camino a la llegada del Santo y Justo por excelencia <sup>16</sup>, el Señor trató de infundir un profundo respeto por lo sagrado en aquel pueblo fuertemente tentado por los ritos paganos. Y junto a los premios, que favorecían la esplendidez del culto, no faltaron tampoco tremendos castigos <sup>17</sup>. Jesucristo subrayó esa enseñanza, en el espíritu de la ley de gracia que vino a comunicarnos. Precisamente el celo por la casa de Dios <sup>18</sup>, por su honor y su gloria, constituye una de las señales del Mesías, que Cristo realiza al arrojar enérgicamente a los mercaderes del Templo <sup>19</sup>; y en su predicación insistirá en el respeto con que deben tratarse los dones divinos: *no deis a los perros las cosas santas, no echéis vuestras perlas a los cerdos* <sup>20</sup>.

Las realidades sagradas son santas; deben, pues, tratarse con particular veneración y cuidado, porque así lo exige la Santidad divina. Lo que hace algo sagrado es el querer positivo de Dios, no la decisión o el uso de los hombres. *Hay ahora quienes intentan desacralizar todo, pretendiendo convertir en profano lo que de suyo es sagrado, hasta el mismo sacerdocio. Nosotros queremos llevar a Dios todas las cosas, cada una según su naturaleza y su modo: y lo que Dios ha hecho sagrado, sagrado es* <sup>21</sup>.

Uno de los errores más extendidos en este terreno, mira a suprimir la distinción entre lo sacro y lo profano, acentuando de manera unilate-

(15) La unción con aceite que acompaña las ceremonias de consagración, tiene el significado específico de indicar que aquello ya no pertenece al hombre, sino a Dios, y por tanto no puede ser utilizado para usos profanos. En *Exod.* XXX, 25-33, a propósito del aceite para consagrar el tabernáculo, el arca y los utensilios, se dice: *será cosa sagrada y como cosa sagrada lo mirareis. Cualquiera que haga otro semejante o de él diere a un profano, será borrado de en medio de mi pueblo.*

(16) Cfr. *I Ioann.* II, 1.

(17) Nabab y Abiú, hijos de Arón, murieron porque *presentaron a Yavé un fuego extraño, cosa que no les había sido ordenada* (*Levit.* X, 1); Oza perdió la vida al tocar imprudentemente el arca (*II Reg.* VI, 6-7); etc.

(18) Cfr. *Ps.* LXVIII, 10.

(19) Cfr. *Ioann.* II, 14-17.

(20) *Matth.* VII, 6.

(21) De nuestro Padre, *Carta*, 10-VI-1971.



ral la *santidad* —dicen, en lugar de bondad— de todo lo creado <sup>22</sup>, al mismo tiempo que se ostenta inconsideración y falta de respeto ante las cosas del culto, llegando incluso al sacrilegio. La pérdida del sentido de lo sagrado, supone un grave olvido de los derechos de Dios. Algunos ven en el Señor sólo un concepto útil para la vida terrena; y en la religión, un servicio humano que mantendría entre los hombres un vago lazo de solidaridad.

La desacralización es el desarrollo consecuente de una religión humanizada, porque no puede respetar el hombre cosas que en sí mismas —sin esa unión con Dios que tiene lo sagrado— le son inferiores. De ahí que nuestro Padre, por ejemplo, llegue a decir: *el que no diese categoría a una simple inclinación de cabeza, no ya como manifestación elemental de respeto, sino de amor, no merecería llamarse cristiano* <sup>23</sup>; sería señal de que ha perdido o al menos debilitado el fondo divino —sagrado— del culto.

La desacralización comporta, como un corolario inevitable, la paganización de la vida del hombre, la pérdida del sentido de su vocación sobrenatural. Precisamente uno de los fines de las realidades sagradas, dentro del plan trazado por la Sabiduría divina, es recordar al hombre la radical exigencia de santidad a la que es llamado: *sed santos, porque Yo soy santo* <sup>24</sup>; *sed vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto* <sup>25</sup>. Esa vocación se hizo posible por medio de la redención operada por Cristo; porque, al fundar la Iglesia e instituir los sacramentos —en particular el Santo Sacrificio del Altar—, nos concedió no ya tipos o símbolos de la santidad, sino cosas en sí mismas sagradas, pues contienen la gracia divina que significan, la causan verdaderamente, y obran así una divinización de la criatura que los recibe. *Cada sacramento es el amor de Dios, con toda su fuerza creadora y redentora, que se nos da sirviéndose de medios materiales* <sup>26</sup>. En especial la Eucaristía, donde se encuentra realmente presente el mismo Jesucristo, con su Cuer-

(22) Se dice, por ejemplo, que «en virtud de la Encarnación» todas las realidades terrenas han adquirido un carácter sagrado; que lo sagrado está en las actitudes humanas; etc.

El fin de estas afirmaciones es el mismo: suprimir la realidad de lo específicamente sagrado.

(23) De nuestro Padre, Carta, 28-III-1973.

(24) Levit. XI, 44.

(25) Matth. V, 48.

(26) Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer, n. 115.



po, Sangre, Alma y Divinidad. De ahí que, en este caso, el respeto al sacramento se traduzca en verdadero culto de latria o adoración, que es el debido a Dios.

### *Cuidado del culto divino*

Los dones de Dios se han de recibir con agradecimiento y deben usarse con el cuidado y reverencia que merecen. Por lo que se refiere a los sacramentos, que por institución divina son los medios necesarios y ordinarios para alcanzar la salvación <sup>27</sup>, no recurrir a ellos por negligencia culpable o por desprecio, puede constituir pecado grave <sup>28</sup>. Además, en virtud del poder recibido de Jesucristo, la Iglesia ha dispuesto que todos los cristianos —cuando han alcanzado el uso de la razón— han de confesar los pecados mortales al menos una vez al año, y comulgar por Pascua y cuando se encuentran en peligro de muerte <sup>29</sup>.

La facultad que el Señor confió a su Iglesia de establecer y enseñar el culto agradable a Dios, es actuada no sólo en la liturgia, *donde el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro* <sup>30</sup>, sino también vigilando y orientando las formas privadas de venerar a Dios, a la Virgen, a los Angeles y a los San-

(27) *Si alguno dijere que los sacramentos de la Nueva Ley no son necesarios para la salvación, sino superfluos, y que sin ellos o sin el deseo de ellos los hombres alcanzan de Dios por la sola fe, la gracia de la justificación —aun cuando no todos los sacramentos sean necesarios a cada uno—, sea anatema* [Concilio de Trento, decr. *De sacramentis*, can. 4, D. 847 (1604)].

(28) Absolutamente necesarios para todos son el Bautismo y, si se ha cometido pecado grave después de ser bautizados, la Penitencia; y para toda la Iglesia, el Orden sacerdotal. Los demás sacramentos son necesarios en el sentido de que, sin ellos, no es fácil salvarse. Por eso el Magisterio de la Iglesia, sobre todo con los sacramentos que tienden a ser más descuidados, ha recordado con frecuencia que no recibirlos puede constituir pecado mortal.

Ya Martín V enseñaba que hay que creer que *peca mortalmente el cristiano que desprecia la recepción de los Sacramentos de la Confirmación, la Extremaunción o la solemnidad del Matrimonio* [bula *Inter cunctas*, 22-II-1418, n. 19, D. 669 (1259)]. Esta enseñanza fue confirmada por el Concilio de Trento para el Sacramento de la Unción de los enfermos [decr. *De extrema unctionis*, can. 3, D. 928 (1718)], y por Benedicto XIV para la Confirmación [const. *Etsi pastoralis*, 26-V-1742, D. (2523)].

(29) Todo fiel de uno u otro sexo, una vez que ha llegado al uso de razón, *tiene obligación de confesar fielmente todos sus pecados por lo menos una vez al año* (C.I.C., can. 906), *debe recibir el Sacramento de la Eucaristía una vez al año, por lo menos, en Pascua, a no ser que, por consejo de su confesor y por alguna causa razonable, juzgue que debe abstenerse por algún tiempo de recibirla* (Ibid., can. 859 § 1). Además, *en peligro de muerte, cualquiera que sea la causa de donde éste proceda, obliga a los fieles el precepto de recibir la Sagrada Comunión* (Ibid., can. 864 § 1).

(30) Concilio Vaticano II, const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

tos, de modo que siempre estén conformes con la regla de la fe y con las costumbres verdaderamente piadosas. Lo que se oponga a esas normas será un culto falso o superfluo, que desagrada y ofende a Dios, y constituye un pecado grave <sup>31</sup>. En cambio, la observancia de simples circunstancias accidentales, que desdican de la dignidad que debe presidir todo homenaje a Dios, puede no ser falta grave, o por la parvedad de la materia, o por la frecuente ignorancia —en buena fe— del que cae en tales engaños.

Suele decirse que en algunos de estos casos se peca contra la virtud de la religión *por exceso*. Pero sería un error <sup>32</sup> concluir de ahí que debería despojarse al culto y a las cosas sagradas de toda manifestación de dignidad y esplendor; un cristiano no puede sostener que esos signos de reverencia a Dios, en lo que tienen de costoso, son como un despreciar al hombre que no ha visto satisfechas aún sus necesidades materiales. Quien razona de esta manera olvida que *la razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios (...). Sólo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad, cuando reconoce libremente su amor y se confía por entero a su Creador* <sup>33</sup>, ofreciéndole —como Abel <sup>34</sup>— lo mejor de sus frutos.

En la Obra, el criterio es claro: *a Dios le daremos lo mejor, al culto divino —que ejercitamos, de ordinario, en pequeños oratorios— consagraremos con esfuerzo una atención, que haga imposible que le dediquemos el sacrificio de Cain: cuando un hombre a la mujer amada le regale, como muestra de afecto, un saco de cemento y tres barras de hierro —os tengo dicho—, haremos nosotros lo mismo con el Señor Nuestro, que está en los cielos y en nuestros Tabernáculos* <sup>35</sup>.

Hablando con propiedad, en el culto a Dios no puede darse un exceso; al contrario, siempre será poco e insuficiente para lo que merece la infinita excelencia y la bondad de Dios. La norma moral en este campo

(31) Además, el que hace reliquias falsas, o a sabiendas las vende, distribuye, o expone a la veneración pública de los fieles, cae ipso facto en excomunión reservada al Ordinario (C.I.C., can. 2326).

(32) Si alguno dijere que las ceremonias, vestiduras y signos exteriores que usa la Iglesia Católica son más bien provocaciones a la impiedad que no oficios de piedad, sea anatema [Concilio de Trento, decr. De sanctissimo Missae sacrificio, can. 7, D. 954 (1757)].

(33) Concilio Vaticano II, const. past. *Gaudium et spes*, n. 19.

(34) Cfr. Genes. IV, 4.

(35) De nuestro Padre, Carta, 11-III-1940.



es tan positiva como el primero de los mandamientos, del que deriva. La meta que hay que conseguir es la delicadeza extrema y la generosidad, como el defecto que se debe evitar es la inconsideración y la tacañería: *no ofreceréis nada defectuoso, pues no sería aceptable* <sup>36</sup>. *Aquella mujer que en casa de Simón el leproso, en Betania, unge con rico perfume la cabeza del Maestro, nos recuerda el deber de ser espléndidos en el culto de Dios.*

— *Todo el lujo, la majestad y la belleza me parecen poco.*

— *Y contra los que atacan la riqueza de vasos sagrados, ornamentos y retablos, se oye la alabanza de Jesús: "opus enim bonum operata est in me" —una buena obra ha hecho conmigo* <sup>37</sup>.

Esa norma elemental de homenaje y amor a Dios va desde la esplendidez y el cuidado atento de los objetos sagrados —*con la más exquisita delicadeza*, afirma nuestro Padre: *sancta sancte tractanda! Son joyas de Dios* <sup>38</sup>—, hasta la estricta y amorosa observancia de las rúbricas litúrgicas <sup>39</sup>, pasando por la urbanidad y el decoro en las prácticas piadosas públicas y privadas. *Hay una urbanidad de la piedad. — Apréndela. — Dan pena esos hombres "piadosos", que no saben asistir a Misa —aunque la oigan a diario—, ni santiguarse —hacen unos raros garabatos, llenos de precipitación—, ni hincar la rodilla ante el Sagrario —sus genuflexiones ridículas parecen una burla—, ni inclinar reverentemente la cabeza ante una imagen de la Señora* <sup>40</sup>.

### *El respeto por las cosas sagradas*

La pérdida del sentido de lo sagrado lleva primero al trato irreverente y después a su profanación; es el pecado de sacrilegio, una ofensa

(36) *Levit.* XXII, 20; *Cfr.* *Deut.* XV, 21; XVII, 1; *Eccli.* XXXV, 1; *Rom.* XII, 1; *Hebr.* IX, 14; *1 Petr.* I, 19.

(37) *Camino*, n. 527.

(38) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956.

(39) *Si alguno dijere que los ritos recibidos y aprobados de la Iglesia Católica, que suelen usarse en la solemne administración de los sacramentos, pueden despreciarse o ser omitidos por el ministro a su arbitrio, o mudados en otros por obra de cualquier pastor de la Iglesia, sea anatema* [Concilio de Trento, *decr. De sacramentis*, can. 13, D. 856 (1613)].

(40) *Camino*, n. 541.



muy grave contra Dios <sup>41</sup>. El peor de todos los sacrilegios es la indigna confección, administración y recepción de los sacramentos; sobre todo, de la Sagrada Eucaristía, porque contiene realmente al mismo autor de la gracia <sup>42</sup>.

Lo característico del sacrilegio es *el atentado directo contra la santidad* <sup>43</sup> de lo sagrado, precisamente bajo el aspecto por el que es considerado sagrado; es decir, en cuanto que algo pertenece a Dios o está destinado a su servicio. El sacrilego trata la realidad sacra como si fuera una cosa profana y, por tanto, para exclusiva utilidad del hombre. No es raro, así, que se cometan verdaderos sacrilegios amparándose en el dicho —que es cierto, pero si se le entiende rectamente— de que *los sacramentos son para los hombres*. Es verdad que los sacramentos están al servicio de las necesidades de las almas, pero también es cierto que han sido instituidos por Dios y de ningún modo han sido dejados al arbitrio humano; por eso requieren unas condiciones de validez y de licitud <sup>44</sup>, que, si no se cumplen, o el sacramento es inválido —no existe realmente—, o se confecciona o recibe ilícitamente; en los dos casos, si hay advertencia y consentimiento, la acción es sacrilega. Por ejemplo, nunca es lícito recibir en pecado mortal <sup>45</sup> un sacramento *de vivos* —es decir, un sacramento que ha de recibirse con el alma *viva* por la gracia santificante—, como no se puede suprimir o variar uno de los elementos

(41) Hay cosas que son sagradas por su misma naturaleza —como los sacramentos, las reliquias, etc.—; otras, en cambio, lo son porque han sido deputadas como tales por la autoridad de la Iglesia, como los clérigos y religiosos, los objetos y lugares sagrados, etc.

Tradicionalmente se distinguen tres formas de sacrilegio: personal, real y local. Es sacrilegio personal, la violencia física contra clérigos y religiosos —que está además penada con excomunión reservada al Ordinario (C.I.C., can. 2343)—, y, en general, la lesión injusta de los privilegios reconocidos por la ley eclesiástica (C.I.C., can. 119-123)—. También lo es el pecado contra la castidad cometido por una persona sagrada (C.I.C., can. 132 § 1), puesto que en cuanto tal se ha comprometido a guardar esa virtud.

Los lugares sagrados se profanan cometiendo en ellos actos pecaminosos que lesionen gravemente la reverencia debida al lugar, o las normas indicadas en las leyes eclesiásticas (C.I.C., can. 1172 § 1).

Sacrilegios reales, aparte del trato indigno de los sacramentos, son la irreverencia o el uso para fines profanos de los objetos consagrados, y la usurpación de los bienes públicos eclesiásticos.

(42) *El que arrojar por tierra las especies consagradas o las llevar o retuviere con mal fin, es sospechoso de herejía; incurre en excomunión latae sententiae reservada de un modo especialísimo a la Sede Apostólica; es ipso facto infame, y, si es clérigo, debe además ser depuesto* (C.I.C., can. 2320).

(43) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 99, a. 3 ad 3.

(44) Las condiciones de validez y licitud son diversas para cada sacramento, y se refieren a las cuatro cosas que se requieren para que exista un sacramento: materia, forma, ministro y sujeto. Por parte del ministro es siempre indispensable que tenga al menos la intención de hacer lo que hace la Iglesia [Cfr. Concilio de Trento, dect. *De sacramentis*, can. 11, D. 854 (1611)].

(45) Cuando excepcionalmente no es posible confesarse antes, y hay absoluta necesidad de recibir un sacramento de vivos, entonces se exige un acto de contrición perfecta unido a la intención de acudir al tribunal de la Penitencia en cuanto sea posible.



esenciales de cualquier sacramento, ni siquiera para facilitar su recepción por los fieles.

Más allá del hecho de profanar lo sagrado está su instrumentalización para fines temporales, como sucede por ejemplo en el pecado de simonía <sup>46</sup>. Le viene el nombre de la acción de Simón Mago. Cuando vio que por la imposición de las manos de los Apóstoles se daba el Espíritu Santo, les ofreció dinero diciendo: *dadme también a mí esa potestad, para que cualquiera a quien imponga yo las manos reciba el Espíritu Santo; mas Pedro le respondió: perezca tu dinero contigo, pues has juzgado que se alcanzaba por dinero el don de Dios. No puedes tú tener parte ni cabida en este ministerio, porque tu corazón no es recto a los ojos de Dios* <sup>47</sup>. El corazón del simoníaco niega uno de los rasgos esenciales de lo sobrenatural —el carácter absolutamente gratuito de su donación—, y quiere servirse de eso para obtener un beneficio temporal. Es una traición que reproduce de algún modo la venta que hizo Judas de Dios Nuestro Señor. La simonía es siempre un pecado gravísimo <sup>48</sup>.

Algo parecido sucede cuando alguien aprovecha la condición sagrada de una persona o una cosa para obtener beneficios temporales, injuriando así los derechos de Dios. En el momento en que Jesucristo confirió a sus Apóstoles parte de sus poderes, también les mandó: *dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido* <sup>49</sup>. Lo que la teología denomina gracias *gratis datae* —que incluyen tanto la potestad ordinaria de orden y de jurisdicción, como los carismas extraordinarios— son po-

(46) Por simonía se entiende la intención deliberada de comprar o vender por un precio temporal una cosa intrínsecamente espiritual, como son, por ejemplo, los sacramentos, la jurisdicción eclesiástica, la consagración, las indulgencias, etc.; o bien una cosa temporal unida a una espiritual de tal manera que aquella no pueda existir sin ésta, como por ejemplo un beneficio eclesiástico; o que la espiritual sea objeto, aunque parcial, del contrato, como la consagración en la venta de un cáliz consagrado (C.I.C., can. 727 § 1).

Obviamente no hay simonía cuando se da algo temporal, no por una cosa espiritual, sino con ocasión de ésta, en virtud de un justo título reconocido por los sagrados cánones o por una costumbre legítima; ni la hay cuando se da una cosa temporal por otra temporal, que tenga unida a sí —como a sujeto de inherencia— algo espiritual; por ejemplo, un cáliz consagrado, con tal de que no se aumente el precio por la cosa espiritual unida (C.I.C., can. 730).

(47) Act. VIII, 18-21.

(48) La simonía ha sido condenada desde muy antiguo, y repetidamente: Concilio de Calcedonia, can. 2, D. (304); San Gregorio Magno, ep. *O quam bona*, 12-VIII-595, D. (473); San Zacarías, ep. *Suscipientes sanctissimae fraternitatis*, 5-XI-744, D. (586). En el Concilio Lateranense del año 1060, Nicolás II dijo: *decretamos que ninguna compasión ha de tenerse en conservar la dignidad de los simoníacos, sino que, conforme a las sanciones de los cánones y decretos de los Santos Padres, los condenamos absolutamente* [D. 354 (691)]. El Concilio Lateranense del año 1110 [can. 10, D. (707)], y los ecuménicos Lateranense I [can. 1, D.359 (710)], Lateranense II [can. 2, D. 364 (715)], Lateranense III [cap. 10, D. 400 (751)], y Lateranense IV [cap. 63, D. (820)], renovaron esas condenaciones.

(49) Matth. X, 8.



deres concedidos con vistas a la salvación de las almas. Si se emplean para una finalidad distinta, se pervierte su naturaleza; se profanan <sup>50</sup>.

## El respeto al Señor

La historia y la experiencia cotidiana muestran que, tomado el camino del desamor y de la irreverencia ante las cosas sagradas, el hombre no tarda en faltar de respeto directamente a Dios, bien intentando sustraerse, burlar o abusar de la Providencia divina, bien sometiéndole a prueba, tentando la sabiduría, la bondad o el poder del Señor <sup>51</sup>.

En la raíz de la tentación a Dios hay un problema de fe; es decir, una duda o una ignorancia referente a las perfecciones de Dios, y eso es ya pecado <sup>52</sup>. Pero, además, se suma la malicia de irreverencia, al tomar la iniciativa de probar al Señor, pues *nadie se atreve a tentar o probar a otro, si está convencido de sus excelencias* <sup>53</sup>. Por eso, la tentación expresa de Dios es pecado grave, y se condena repetidas veces en la Sagrada Escritura <sup>54</sup>. La tentación implícita, en cambio, con frecuencia es sólo falta venial, por inadvertencia o parvedad de materia, o por ignorancia levemente culpable.

Otra raíz de esta clase de pecados es la presunción o esperanza injustificada en una ayuda especial, que Dios no tiene por qué dar, cuan-

(50) En el manejo de las cosas espirituales —especialmente de las que es depositaria la Iglesia— se requiere una gran rectitud de intención para no usarlas en provecho propio. Lo contrario —servirse de la Iglesia, para ampararse en Ella en la vida profesional, social, política— es un falso amor a la Esposa de Jesucristo; y, humanamente, un modo de obrar poco limpio, feo.

(51) *Tentar, propiamente hablando, es someter a alguien a prueba (...). El hombre puede tentar a Dios con palabras y con hechos. La oración es el modo propio que tenemos de hablar con Dios; habrá tentación expresa en ella cuando uno pide algo a Dios con la intención de experimentar la ciencia, el poder o la voluntad divinas. Con hechos tentamos a Dios expresamente cuando al obrar se intenta poner a prueba su divino poder, su piedad o su sabiduría. Además, tienta a Dios de manera implícita el que, sin tener esa intención, hace o pide algo que de hecho no sirve para otra cosa, sino para poner a prueba la bondad, el poder o el conocimiento divinos* (Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 97, a. 1).

(52) Cfr. *Ibid.*, a. 2.

(53) *Ibid.*, a. 3.

(54) *Está escrito: no tentarás el Señor tu Dios* (Matth. IV, 7; Cfr. Deut. VI, 16). La tentación a Dios, ya por desconfianza, ya por vana presunción, provoca el castigo divino, como en la rebelión de Masá y Meribá (Cfr. Exod. XVII, 2-7), la desobediencia de los exploradores (Cfr. Num. XIV, 22) y otros episodios de la historia de Israel (Cfr. Ps. LXXVII, 18; Isai. VII, 12), hasta el pecado de Ananías y Sáfira (Cfr. Act. V. 6).

do existen ya unos medios ordinarios para resolver esas situaciones. Quien voluntariamente y sin necesidad se pone en peligro próximo de pecar, no puede pretender el auxilio de una gracia extraordinaria; del mismo modo que tampoco se puede exigir una intervención espectacular de Dios para realizar una obra buena o librarse de un daño. *Cuando en una ciudad os persiguieren* —advierte Jesucristo—, *huid a otra. En verdad os digo, que no acabaréis las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre* <sup>55</sup>.

Escribiendo a los Romanos, muestra San Pablo el itinerario de los que *habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas* <sup>56</sup>. Esa ceguera insensata se pone de manifiesto, por ejemplo, en la superstición, que es otro pecado contra la religión. *No tienen fe. —Pero tienen supersticiones. Risa y vergüenza nos dio aquel poderoso que perdía su tranquilidad al oír una determinada palabra, de suyo indiferente e inofensiva —que era, para él, de mal agüero— o al ver girar la silla sobre una pata* <sup>57</sup>.

Suele también decirse de la superstición que es un pecado *por exceso* de espíritu religioso. Eso es lo que significa etimológicamente la palabra. Pero *una cosa es la etimología y otra muy distinta la significación del nombre* <sup>58</sup>. En los errores supersticiosos hay un exceso y una carencia. Exceso de preocupación por los bienes terrenos, que inconsideradamente temen perderse. Y carencia de sentido religioso, de respeto y de confianza en Dios. El supersticioso no acepta que *todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios* <sup>59</sup>, y en lugar de abandonarse en sus manos, sabiendo que *al buscar el reino de Dios y su justicia, todas las demás cosas se os darán por añadidura* <sup>60</sup>, se comporta

(55) *Matth.* X, 23. La Iglesia rechazó siempre las antiguas ordalias o falsos juicios de Dios a las que se sometían los acusados de algún delito, con el fin de averiguar su culpabilidad o su inocencia; porque, en realidad, se trataría de una superstición o de un modo de tentar a Dios, que se vería forzado a intervenir milagrosamente para salvar la vida del inocente [Cfr. Esteban V, ep. *Consulisti de infantibus*, año 887-88, D. (670); Alejandro II, ep. *Super causas*, año 1063, D. (695); Inocencio III, ep. *Licet apud*, 9-1-1212, D. (799); Gregorio XI, bula *Salvator humani generis*, 8-IV-1374, D. (1114)].

(56) *Rom.* II, 21.

(57) *Camino*, n. 587.

(58) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 92, a. 1 ad 2.

(59) *Rom.* VIII, 28.

(60) *Matth.* VI, 33.



como los paganos, que andan ansiosos tras todas estas cosas <sup>61</sup>.

Los errores supersticiosos suponen, pues, una grave injuria a Dios, desdican de la fe y de la esperanza cristianas, constituyen ocasión de escándalo y de mal ejemplo, y contribuyen a difundir un sentido pagano de la vida. Su gravedad puede ser subjetivamente mitigada por la ignorancia, sobre todo entre personas de muy escasa formación; pero por eso mismo es más difícil disculpar las nuevas creencias supersticiosas difundidas en sectores de la sociedad de apariencia culta y civilizada.

En esta misma línea están las prácticas adivinatorias, que no raramente son también grandes supercherías. En el sentido clásico, la adivinación <sup>62</sup> era un intento de usurpar una prerrogativa divina, que frecuentemente iba asociado a prácticas idolátricas; bajo este aspecto es un pecado gravísimo, expresamente reprobado por Dios <sup>63</sup>. Pero más recientemente se presenta bajo el nuevo aspecto de un culto desordenado y enfermizo de la estadística, planificación, etc.; como hace, por ejemplo, el determinismo materialista, que pretende predecir *científicamente* el futuro del hombre, negando su libertad, y destruyendo en consecuencia todo el orden moral. Vieja herejía condenada por el Magisterio de la Iglesia, porque es contrario a la verdad admitir el condicionamiento absoluto de la libertad humana por factores astronómicos, climáticos, biológicos, económicos, etc. En este caso *no sería posible ya ningún juicio sobre los actos buenos o malos, si el alma estuviese fatalmente empujada en una u otra dirección y cualquier cosa que hiciese el hombre no le fuese imputable a él, sino a los astros* <sup>64</sup>. El error no está en ser previsio-

(61) Matth. VI, 32.

(62) El nombre de adivinación significa anuncio anticipado de sucesos futuros, los cuales se pueden conocer de dos maneras: en sus causas y en sí mismos. Las causas de los sucesos futuros son de tres clases. Unas producen siempre y necesariamente sus efectos, que entonces pueden preverse con certeza y predecirse con anterioridad por un simple examen de las causas (...). Hay otras que no producen siempre y necesariamente sus efectos, sino la mayoría de las veces, y raramente fallan. Los eventos futuros de este género no se pueden conocer con certeza en sus causas, sino por ciertas conjeturas (...). Existen, por fin, otras causas que, consideradas en sí mismas, son indiferentes a la producción de éste o aquel efecto. Es lo que sucede principalmente en las potencias racionales (...), cuyos efectos no pueden descubrirse por simple análisis de sus causas, ya que éstas no están determinadas a producir siempre los mismos resultados. Por lo tanto, estos sucesos futuros sólo pueden ser conocidos en sí mismos, lo cual (...) es algo propio y exclusivo de Dios, que desde la eternidad conoce todos los futuros como si fuesen presentes (Santo Tomás, S. Th. II-II, q. 95, a. 1).

(63) No haya en medio de ti quien haga pasar por el fuego a su hijo o a su hija, ni quien se dé a la adivinación, ni a la magia, ni a hechizos y encantamientos, ni quien consulte a encantadores, ni a espíritus, ni a adivinos, ni pregunte a los muertos. Es abominación de Yavé cualquiera que esto hace (Deut. XVIII, 10-12).

(64) San León I Magno, ep. *Quan laudabiliter*, 21-VII-447, D. (283); Cfr. Concilio I de Toledo, año 400, can. 15, D. 35 (205); Concilio Bracarense I, año 561, anat. 9-10, D. 239-240 (459-460).



res y, por medio de hipótesis y conjeturas cada vez más cuidadosas, ir preparando soluciones para los posibles problemas del futuro. El mal reside en perder de vista que hay un límite natural en esas previsiones, y, sobre todo, en querer contraponerlas a la Providencia divina, en vez de secundarla.

El enfrentamiento del hombre con Dios se manifiesta también en el pecado de magia <sup>65</sup>, y en sus colaterales, como el ocultismo, el espiritismo...; degeneraciones típicas también de una sociedad paganizada. La magia presupone una voluntad desembarazada de Dios; un deseo de dominio que excluye y aun se contrapone a los decretos divinos; todo, lo sagrado y lo profano, se quiere sustraer a la gloria y honor del Señor. Además es un pecado que se presta con facilidad a la invocación o al trato con el gran enemigo de Dios, el demonio <sup>66</sup>. Por eso es la máxima perversión del espíritu religioso.

\* \* \* \* \*

Es aleccionador considerar esta larga cadena de pecados que toma su punto de partida en la irreverencia hacia las cosas del culto, y puede concluir en una alianza con el diablo. No faltan ejemplos en pueblos y en individuos. Particularmente en ambientes que en otro tiempo fueron

(65) De un modo general, se puede decir que la magia pretende conseguir efectos sobrenaturales mediante el uso de ritos, fórmulas, sortilegios, etc. Sobre esto enseña la Iglesia que *el mero acto de aplicar medios físicos por otra parte lícitos, no está moralmente vedado, con tal que no tienda a un fin ilícito o de cualquier modo malo. La aplicación, en cambio, de principios y medios puramente físicos a cosas y efectos verdaderamente sobrenaturales para explicarlos físicamente, no es sino un engaño totalmente ilícito y herético* [Cfr. *Enc. del Santo Oficio*, 4-VIII-1856, D. 1653 (2824)].

El ocultismo, que suele depender de una concepción atea o panteísta, ha sido reprobado con las condenaciones de las sociedades secretas [Cfr. Pío IX, Litt. enc. *Quanta cura*, 8-XII-1864, D. 1697 (2894); *Syllabus*, 8-XII-1864, prop. 1, 4, 5, 13 y 18, D. 1701, 1704, 1705, 1713 y 1718 (2901, 2904, 2905, 2913 y 2918); León XIII, Litt. enc. *Humanae generis*, 20-IV-1884, D. 1859 (3158)].

Con respecto al espiritismo, existe una prohibición expresa de asistir a sesiones espiritistas, incluso por simple curiosidad [Cfr. *Respuesta del Santo Oficio*, 24-IV-1917, D. 2182 (3642)].

(66) No puede ponerse en duda la posibilidad de una real intervención, y por tanto de un trato con los demonios (Cfr. *1 Petr.* V, 8). Abundan los ejemplos en el Antiguo (Cfr. *Exod.* VII, 12; *1 Reg.* XXVIII, 7-25) y en el Nuevo Testamento (Cfr. *Act.* VIII, 9-11; XIII, 6-11; XVI, 16-18). El Magisterio de la Iglesia publicó numerosas bulas contra la magia, especialmente en los siglos XVI y XVII, cuando —como consecuencia de la destrucción de la fe y la esperanza cristiana por la herejía protestante— se difundió mucho (Cfr. León X, bula *Supernae*, 5-V-1514; Sixto V, bula *Coeli et terrae*, 5-V-1586; Urbano VIII, bula *Inscrutabilis*, 1-III-1631, etc.).

El recurso al demonio es uno de los pecados más tremendos, por el cual el hombre voluntariamente se alía con el peor enemigo de su alma, poniéndose a su merced y reconociéndole —con grave injuria a Dios— poderes y dignidades de los que carece. Por eso mismo es también un pecado, aunque mucho menos grave, el temor inconsiderado del demonio, atribuyéndole un poder que no posee o desconfiando de la bondad divina, que no permite que nadie caiga sin culpa propia en las manos de su enemigo. Uno de los efectos de la Redención ha sido, precisamente, la liberación de la servidumbre del demonio (Cfr. *Hebr.* II, 14; *Ioann.* XII, 31; *Colos.* II, 15; *1 Ioann.* III, 8).



cristianos, vuelven a cumplirse aquellas palabras de San Pedro: *después de haberse apartado de las asquerosidades del mundo, por el conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo y Salvador, enredados otra vez en ellas son vencidos, y su postrera condición viene a ser peor que la primera. Por lo que mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia, que después de conocido, abandonar la Ley santa que se les había dado, cumpliéndose en ellos lo que suele significarse con aquel refrán verdadero: volvióse el perro a lo que vomitó, y la marrana lavada a revolcarse en el cieno* <sup>67</sup>.

No hay que olvidar que, *creados, y constituidos en corona y cabeza de la creación corpórea, hemos sido ordenados por naturaleza a servir a Dios y a rendirle culto de adoración, de amor y de alabanza* <sup>68</sup>. El primer mandamiento del Decálogo, al ordenarnos amar a Dios sobre todas las cosas, nos exige también rendirle culto, venerar todo lo que se relaciona con el servicio divino y estar persuadidos de que la cercanía de Dios se traduce en una Providencia sabia y misericordiosa, a la que hemos de rendirnos y abandonarnos con confianza de hijos y con el agradecimiento de quien sabe que sólo va a recibir cosas buenas.

*¡Venid, cantemos jubilosamente a Yavé! ¡Cantemos gozosos a la Roca de nuestra salvación! Lleguémonos a El con alabanzas, aclamémosle con salmos. Porque Dios grande es Yavé, Rey grande sobre todos los dioses. Que tiene en sus manos las profundidades de la tierra y cuyas son también las cumbres de los montes. Suyo es el mar, pues El lo hizo; suya es la tierra, formada por sus manos. Venid, postrémonos en presencia de El, doblemos nuestra rodilla ante Yavé, nuestro Hacedor. Porque El es nuestro Dios, y nosotros el pueblo que El apacienta y el rebaño que El guía* <sup>69</sup>.

(67) II Petr. II, 20-22.

(68) De nuestro Padre, Carta, 19-III-1967.

(69) Ps. XCIV, 1-7.